

CAPÍTULO V

El Valle de los Susurros

Mucho antes de que existieran los templos, mucho antes del primer círculo de chozas en Chokán, los antepasados nómadas caminaban sin rumbo claro. Seguían los frutos, las aguas, los cambios de estación. No tenían hogar. Tenían camino.

Pero un día, mientras marchaban entre montañas húmedas, escucharon algo que nunca antes habían oído: un susurro que no era viento, ni animal, ni agua. Era algo distinto. Algo vivo.

Tural —mucho más joven entonces— fue el primero en detenerse.

—Escuchad... —dijo con el ceño fruncido.

Una mujer respondió:

—¿Es... viento?

Tural negó.

—El viento empuja. Esto... llama.

Los demás guardaron silencio. El sonido era tenue, irregular, casi tímido: shhh... shhh... shhhaa...

Mirayá, no más de quince años por aquel entonces, se adelantó. Su rostro se iluminó.

—Está diciendo algo.

Los demás se miraron entre sí, confundidos.

—¿Diciendo? —preguntó un hombre—. ¿Quién habla sin lengua?

Mirayá sonrió.

—El valle.

La marcha se transformó en una búsqueda. Avanzaron en silencio entre rocas altas que parecían respiraderos gigantes. Cuando cruzaron el último hombro de montaña, lo vieron: Un valle inmenso, circular, rodeado de rocas huecas que contenían miles de cavidades naturales, como flautas hechas por la propia tierra. Y entonces, el viento entró en esas cavidades. Y **el valle cantó**.

El sonido era una mezcla imposible: mitad lamento, mitad risa; mitad advertencia, mitad bienvenida. Los viajeros se quedaron inmóviles, embelesados. Una niña pequeña, Eriya, tiró de la ropa de Mirayá.

—¿Tiene miedo el viento?

Mirayá negó lentamente.

—No, Eriya... está intentando hablarnos.

Tural dio un paso adelante, con la mirada firme.

—¿Y qué dice?

Mirayá cerró los ojos, escuchó... y tradujo:

—Dice... **quedaos**.

Cuando el viento volvió a soplar, el canto del valle cambió de forma. Una vibración más profunda resonó entre las montañas, como un corazón latiendo.

—¿Y ahora? —dijo Hamar.

Mirayá tragó saliva.

—Ahora dice... **la dulzura os encontrará**.

Aquel fue el primer mensaje que el valle entregó al pueblo. Y por eso, aunque no lo sabían aún, habían llegado al lugar donde nacería su destino.

El valle era diferente a cualquier lugar que los viajeros nómadas hubieran visto jamás. No solo tenía forma circular —

como si la tierra hubiese querido abrazarlos—, sino que poseía un sonido vivo, cambiante, que parecía surgir de cientos de bocas ocultas en las rocas. El viento entraba, chocaba, resonaba. Y con cada choque nacía un susurro distinto.

La primera noche, nadie durmió. Los niños estaban excitados. Los adultos, inquietos. El cielo, despejado como si quisiera mirar sin parpadear.

Hamar, sentado junto a una hoguera pequeña, murmuró:

—Esto no es normal. El viento sopla igual que en otros lugares... pero aquí... habla.

Tural respondió:

—No es el viento el que habla. Es la piedra.

Mirayá, que observaba cada sonido con los ojos entrecerrados, añadió:

—La piedra... y algo más.

Eriya, refugiada entre mantas, preguntó:

—¿Qué más?

Mirayá señaló el valle entero con una mano.

—El aire está... vivo.

En ese momento, un soplo fuerte descendió de la montaña norte y entró en una cavidad grande. El sonido que salió fue un gemido largo, casi humano. Las mujeres se abrazaron entre sí.

Un joven murmuró:

—¿Deberíamos irnos?

Entonces ocurrió algo inesperado. El viento volvió a soplar, pero esta vez el sonido fue claro, insistente, como una palabra repetida muchas veces: tu...lka... tu...lka... tulka...

Todos se quedaron helados. Hamar levantó la cabeza.

—¿Habéis oído eso?

—Fue una palabra... —susurró alguien.

—¿Qué dijo? —preguntó otro.

Mirayá caminó hacia el centro del valle, dejando que el viento le diera de lleno en el rostro. Cerró los ojos. Escuchó. El sonido viajaba por las rocas, chocaba, regresaba, se repetía, se curvaba... hasta formar algo que no era viento y no era eco.

Mirayá abrió los ojos, brillante de emoción:

—**Tulka.**

—¿Qué significa? —preguntó Tural.

Mirayá inspiró.

—No lo sé del todo... pero lo siento aquí. —señaló su pecho— Es algo redondo, amplio, protector.

Eriya sugirió tímidamente:

—Como este valle...

Mirayá sonrió.

—Sí. Algo así.

Los susurros volvieron, esta vez más fuertes: **TULKA.**

TULKA. TULKA.

Tural se levantó.

—¡Es un nombre!

Hamar asintió, maravillado.

—El valle se está nombrando a sí mismo.

Mirayá habló con una voz suave, reverente:

—El viento es mensajero. Las rocas son la boca. Pero la palabra... la palabra es del valle.

Un silencio pesado siguió. Un silencio de comprensión antigua.

Eriya tiró del brazo de Mirayá.

—¿Y por qué quiere hablar con nosotros?

Mirayá miró el cielo y murmuró:

—Porque este no es un valle cualquiera.

Tural tragó saliva.

—¿Qué es entonces?

Mirayá respondió sin apartar la mirada del horizonte circular:

—El valle es un **oído**.

—¿Un oído? —repitió Hamar, confundido.

—Sí, —explicó Mirayá— un oído que escucha al mundo... y un mundo que nos escucha a nosotros.

El viento sopló de nuevo, y esta vez el sonido fue más suave, como si el valle respondiera: tulka... tulka... Y por primera vez, el pueblo entero sintió algo que no había sentido jamás: El

mundo no solo podía ser recorrido. **El mundo podía escucharlos de vuelta.**

El viento siguió repitiendo la palabra toda la noche. A veces suave como un suspiro. A veces fuerte como un llamado urgente. **TULKA. TULKA. TULKA.** Los viajeros no podían apartar la mirada del horizonte circular. Parecía que el valle respiraba. Que algo vivo se despertaba bajo la tierra, usando las rocas como garganta y el aire como aliento.

Amaneció sin que nadie lograra dormir. La luz del sol entró en el valle y, al tocar las cavidades de las montañas, el sonido cambió. Ya no eran susurros rotos, sino una vibración estable, casi... armoniosa.

Mirayá se puso de pie, como si el amanecer le hubiera hablado.

—Hoy... lo entenderemos, —dijo.

Tural, serio como siempre, la observó.

—¿Entender qué?

Mirayá señaló todo el valle con los brazos abiertos.

—La palabra. La primera que no es nuestra... y, aun así, nos pertenece.

Hamar frunció el ceño.

—¿Una palabra que el mundo dice? Las palabras salen de la boca, Mirayá. No de las piedras.

Mirayá no respondió. Solo escuchó. El viento sopló desde el este, entró en la mayor de las cavidades y salió convertido en un canto grave: tuuuuuul... kaaaaaa...

Eriya se aferró al brazo de Mirayá.

—Es como si nos llamara.

Mirayá asintió.



—Y lo hace.

Tural cruzó los brazos, reflexionando.

—Si una palabra nace aquí... debe tener un propósito.

Mirayá respiró hondo.

—Sí. Este valle no está diciendo un sonido. Está diciendo un nombre.

Hamar levantó una ceja.

—¿Un nombre de qué?

Mirayá dio unos pasos hasta el centro exacto del valle. El viento la rodeó como una caricia circular. Y entonces lo comprendió. Como si una bruma interior se aclarara.

—**Tulka** significa... ‘**aliento del amanecer**’.

Todos se quedaron en silencio. Tural murmuró:

—¿Amanecer?

—Sí. —respondió Mirayá— Un nuevo comienzo. Un nuevo lugar. Un nuevo destino.

Eriya tensó los hombros.

—¿Es nuestro destino... quedarnos aquí?

Mirayá sostuvo su mano.

—El valle lo está diciendo.

Hamar se acercó al centro, inquieto.

—¿Y si no es para nosotros?

Mirayá negó suavemente.

—Lo es. Porque la palabra se forma al pasar por las rocas... pero se completa al llegar a nuestros oídos.

Tural abrió los ojos, comprendiendo la profundidad del mensaje.

—Entonces la palabra **tulka** no existe sin nosotros.

—Exacto. —dijo Mirayá— La palabra nace del valle... pero vive en quienes la escuchan.

El viento sopló de nuevo, más firme: **TULKA**. Y por primera vez, el pueblo respondió a una palabra que no había salido de bocas humanas:

—**Tulka**.

Un temblor leve recorrió el suelo. Nada peligroso. Solo un reconocimiento, como si la tierra dijera: Sí. Habéis entendido.

Una anciana llamada **Yameru**, que casi nunca hablaba, se adelantó. Mirayá la miró sorprendida.

—Yameru... ¿qué ves?

La anciana cerró los ojos con fuerza.

—Veo... un lugar que respira. Veo una palabra que guía.
Veo niños naciendo aquí.

Tural frunció el ceño.

—¿Niños?

—Sí. —dijo Yameru— Porque este valle da nombre... y donde nace un nombre... nace un pueblo.

El viento sopló justo entonces. No como antes. No afilado. No caótico. Sino redondo. Un viento que envolvía en vez de empujar. Un viento que recogía, en vez de dispersar.

Mirayá murmuró, con los ojos brillando:

—El valle nos ha adoptado.

Eriya se abrazó a Hamar.

—¿Es nuestra casa?

Mirayá la levantó en brazos.

—Es más que eso. Es... nuestro origen.

En ese instante, una frase llegó con claridad a todos: **Tulka es viento que guía. Tulka es voz que protege. Tulka es hogar redondo.** Mirayá lo dijo en voz alta, pero parecía que el

valle lo decía con ella. Y así, la primera palabra sagrada del viento quedó sellada: **TULKA**. El aliento del amanecer. El nombre del valle que escucha.

La tarde cayó sobre el **Valle de los Susurros** como un manto lento. Las montañas de rocas huecas comenzaron a enfriarse y la bruma se deslizó por el suelo en ondulaciones suaves, como si el valle estuviera exhalando.

El pueblo nómada encendió una fogata discreta. Nadie quería romper la melodía del lugar con ruidos fuertes ni movimientos bruscos. Tural, sentado con las piernas cruzadas, observaba el horizonte circular.

—Va a hablar otra vez... —murmuró.

Hamar, que estaba calentando piedras para mantener el fuego, preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo también siento el pecho lleno. —respondió Tural—. Como si hubiera que escuchar antes de dormir.

Mirayá, con Eriya a su lado, no respondía. Estaba demasiado concentrada en la respiración del valle. El viento no estaba soplando... y sin embargo, el aire vibraba.

La niña le susurró:

—Mirayá, ¿duele escuchar tanto?

Mirayá sonrió cariñosamente.

—No, pequeña. Solo pesa... cuando el mensaje es grande.

Fue en ese instante cuando ocurrió. El valle inhaló. Todas las cavidades de las montañas se llenaron de aire al mismo tiempo, como si fueran pulmones gigantes. Y entonces... **El susurro estalló**. No fuerte. No violento. Sino omnipresente. Como si surgiera desde el cielo, la tierra, las rocas y el interior del pecho de cada uno.

shhh... shaaa... shuuuu... tuuuuuul... kaaaaa...

Eriya se tapó los oídos.

—Mirayá... me da miedo...

Mirayá la abrazó.

—Tranquila. No es un grito. Es... un recuerdo del mundo.

Hamar se levantó, tenso.

—Esto ya no suena a palabra. Suena a... a muchas voces.

Tural miró fijamente la montaña del este.

—Son voces antiguas.

—¿Cómo que antiguas? —preguntó alguien.

—Más antiguas que nosotros. Más antiguas que el camino.

Las rocas vibraron de nuevo. **TUUUL... KAAA...**

NAAAAAA... SHIIIR...

Mirayá sintió un escalofrío.

—Son fragmentos, —susurró— fragmentos de palabras que no conocemos.

Eriya preguntó:

—¿Nos llaman?

Mirayá negó suavemente.

—No. Nos prueban.

La bruma flotó hacia arriba, elevándose en espiral. Formó un círculo perfecto sobre el centro del valle, como un oído hecho de niebla. Tural se puso de pie, comprendiendo.

—Nos está escuchando a nosotros.

Hamar dio un paso atrás.

—¿Quieres decir que... el valle espera que digamos algo?

Mirayá se adelantó, colocándose en el centro exacto. La bruma descendió sobre sus hombros como un manto ritual. El viento sopló, leve, casi temeroso: tulka... tulka...

Mirayá respiró profundamente.

—**Tuuul...** —dijo ella.

El valle respondió: kaaaaaa...

Tural exclamó:

—¡Está completando la palabra!

Mirayá alzó la voz, ya sin miedo:

—**TULKA.**

Y entonces ocurrió algo extraordinario: **El valle respondió con lo mismo.** Por primera vez, no fue el viento quien habló

primero. Fue un humano. Y por primera vez, el valle imitó la voz humana. Repitió la palabra con cientos de timbres distintos, como si mil versiones del viento la pronunciaran en capas: **TÚLKAAAAA**

Los niños lloraron. Los adultos cayeron de rodillas. La tierra vibró con un pulso suave.

Eriya se aferró a Mirayá.

—¿Por qué ha repetido lo que dijiste?

Mirayá tenía lágrimas en los ojos.

—Porque... **nos ha aceptado**.

Tural, con la voz quebrada, añadió:

—El valle nos ha reconocido... como pueblo.

Hamar, incrédulo, se dejó caer sentado.

—¿Y qué significa eso?

Mirayá miró el cielo. La bruma formaba un círculo perfecto sobre ellos. La luna brillaba en el centro como un ojo vigilante. Con una voz baja, pero llena de destino, dijo:

—Significa que, desde esta noche, **no caminamos solos**.

El valle respondió con un susurro largo y envolvente: shiiiiir... tuuuul... kaaaaa... Como si dijera: **Estoy aquí. Os escucho. Caminemos juntos.** Fue la primera noche en la que los viajeros no se sintieron errantes. Fue la primera noche en la que tuvieron nombre... y el mundo lo pronunció con ellos. Había nacido una relación sagrada: El viento hablaba. Ellos respondían. Y el valle devolvía su propia voz.

Tras la **Primera Noche de Susurros**, algo cambió en el valle. Los viajeros ya no eran simples caminantes sin rumbo: eran buscados, observados, escuchados por el propio mundo. Y el valle, que antes hablaba solo en fragmentos, comenzó a murmurar con mayor claridad cada día. Pero no todos podían entenderlo. Solo unos pocos. Y esa diferencia dio origen a un linaje que marcaría para siempre la historia del pueblo chokaní.

Una mañana, mientras la bruma ascendía en espirales suaves, Mirayá se sentó en el centro del valle para escuchar el viento. Tural se unió a ella. Eriya jugaba cerca, recogiendo piedras que resonaban al golpearlas. Hamar afilaba herramientas, atento a cualquier sonido.

Entonces ocurrió. Un soplo suave descendió desde la montaña norte y entró en tres cavidades distintas. El sonido resultante fue una melodía compleja: shiiii... traaaa... lulúúú...

Hamar levantó la cabeza.

—¿Qué ha dicho?

Tural frunció el ceño.

—Ha sido un ruido raro. No sonaba a palabra.

Mirayá sacudió la cabeza.

—No... sí era palabra.

Eriya —apenas una niña— repitió sin pensar:

—**Shiiitra-lulú...**

Todos se quedaron inmóviles. Mirayá abrió los ojos de par en par.

—Eriya... ¿qué has dicho?

La niña se encogió de hombros.



—Lo que he oído.

Tural se levantó lentamente.

—Pero... tú no estabas escuchando con nosotros.

Eriya pateó una piedra.

—No hace falta escuchar... si la palabra te entra sola.

Hamar dejó caer la herramienta.

—¿Qué significa eso?

Mirayá tembló.

—Significa que el viento... **la ha elegido**.

Esa misma tarde, otro niño llamado **Luren** empezó a repetir sonidos del valle antes de que los adultos los escucharan. Más tarde, una joven llamada **Siham** comenzó a predecir el ritmo de los susurros, como si pudiera oír la intención del viento antes de que soplara.

Al tercer día, Mirayá lo comprendió. Se reunió con Tural, Hamar y el resto de los mayores.

—El valle no habla a todos por igual.

Hamar, aún confundido, preguntó:

—¿Y por qué a los niños, entonces?

Mirayá sonrió con tristeza.

—Porque sus corazones no tienen ruido aún. Porque escuchan sin querer entender.

Tural se frotó la barba.

—Entonces... ¿cómo llamaremos a los que pueden oír el viento?

Mirayá miró hacia las montañas, donde los ecos vibraban como hilos invisibles.

—El viento tiene dos formas: la que sopla... y la que recuerda.

Tural asintió.

—Y los que escuchan esa memoria... ¿cómo se llaman?

Mirayá cerró los ojos un instante. Luego pronunció:

—**Mirak'tul**.

—¿Qué significa? —preguntó Hamar.

—Mirak, ‘escuchar lo invisible’. Tul, ‘aliento del amanecer’... del nombre que el valle nos dio.

Tural respiró hondo.

—Los que oyen el amanecer del mundo.

Mirayá asintió.

—Los oyentes puros.

Eriya, Luren y Siham fueron reunidos esa noche en el centro del valle. Los adultos formaron un círculo alrededor de ellos. Mirayá habló con voz solemne:

—El valle os ha llamado. Ahora debéis responder.

Eriya miró alrededor, nerviosa.

—¿Y cómo respondemos?

Mirayá la tomó de las manos.

—Escuchando. Sin miedo. Sin prisa. Sin querer comprender. Solo recibiendo.

El viento sopló. Una ráfaga leve... luego más fuerte. Un sonido salió de las montañas: shu...laka... mi'ru...

Los adultos escucharon ruido. Nada más. Pero los tres niños dieron un paso adelante.

Luren murmuró:

—Dice que... vendrá lluvia.

Siham añadió:

—Pero no hoy. Mañana, cuando la luna esté baja.

Eriya sonrió.

—Y dice... que debemos cubrir las mantas, porque vendrá viento frío.

El valle respondió con un susurro suave: shaaaaa... Como un sí. Los adultos estaban atónitos.

Tural se arrodilló.

—Son oyentes puros... —dijo con voz temblosa.

Mirayá lloró en silencio.

—El viento les habla como si fueran parte de él.

Esa noche, Mirayá tomó una decisión que marcaría la historia del pueblo.

—Los **Mirak'tul** serán un linaje. —dijo al fuego— Serán quienes guíen al pueblo cuando el viento cambie. Serán intérpretes del mundo. Serán memoria viva.

Tural añadió:

—Y aprenderán a escuchar... para protegernos.

Hamar se inclinó ante los niños.

—Los hijos del viento.

El valle respondió con una vibración profunda en las rocas:
tuuuuul... Como si diera su bendición.

Con el paso de los días, quedó claro que Eriya, Luren y Siham tenían una conexión distinta con el valle. Podían escuchar matices que los demás no percibían, interpretar vibraciones, e incluso anticipar cambios en el clima antes de que ocurrieran. Mirayá sabía que, si iban a convertirse en los primeros Mirak'tul, debían pasar por una prueba: no impuesta por los humanos, sino por el propio valle. El viento debía reconocerlos.

Una mañana, cuando el sol apenas rozaba el borde de las rocas huecas, Mirayá reunió al grupo en el centro del valle.

—Hoy escucharéis los **Tres Ecos**.

Eriya tragó saliva.

—¿Qué son?

Mirayá se arrodilló frente a los niños.

—Son tres voces del valle: la voz que avisa, la voz que protege, y la voz que revela. Solo los que pueden oír las tres... serán verdaderos oyentes del viento.

Tural añadió:

—Nadie puede ayudarlos. Debéis escucharlo solos.

En ese momento, varias criaturas salieron del bosque para observarlos, como si también supieran lo que estaba por ocurrir. Los primeros fueron los **runákeles**, ciervos pequeños de pelaje gris claro. Uno de ellos se acercó a Siham y apoyó su cabeza en su mano.

—Mira... —susurró la niña— El runákel ya sabe que hemos empezado.

Luego aparecieron los **shúniri**, diminutos roedores de patas fuertes. Aparecieron decenas. Hamar frunció el ceño, sorprendido.

—Nunca los había visto tan quietos...

Y, desde las copas de los árboles, descendieron varias aves **tulmar**, de plumaje suave. Cuando todas se posaron en las rocas, Mirayá comprendió:

—El valle entero los está mirando.

Mirayá alzó el bastón.

—El primer eco llega desde el este.

El viento sopló... apenas. Un sonido fino, agudo: tíííí—
shhhh...

Luren abrió los ojos primero.

—Es una advertencia...

Eriya frunció el ceño.

—No. No es miedo. Es... ‘cuidado’. ‘Mira antes de caminar’.

Siham añadió:

—Dice... que no siempre lo que brilla es camino.

Los runákeles se agacharon, como aprobando la
interpretación. Tural sonrió.

—Primer eco... escuchado.

Mirayá levantó ambas manos.

—El segundo eco viene del sur.

Un viento cálido descendió por la ladera y produjo un sonido grave, envolvente: hooo... looo... raaah...

Los niños cerraron los ojos. Siham fue la primera en hablar.

—Dice... ‘No estás sola’.

Eriya añadió:

—Dice... ‘Te cubro. Te cuido’.

Luren exhaló profundamente.

—Y dice... ‘Regresa cuando tengas miedo’.

Las aves tulmar cambiaron su plumaje a un tono rosado: un color asociado al refugio. Hamar susurró:

—El valle... los está abrazando.

Mirayá sonrió.

—Segundo eco... comprendido.

Cuando el segundo eco se desvaneció, un silencio muy profundo cayó sobre el valle. Mirayá levantó la mirada. El viento no venía del este ni del sur... sino del cielo. Una corriente descendió en espiral. El sonido que emergió no se

parecía a ningún otro: Era una mezcla de millones de pequeños susurros a la vez: sha-hura... tul-mi... ka-raaa...

Siham lloró. Eriya tembló. Luren cayó de rodillas.

—Es demasiado... —murmuró la niña.

Mirayá corrió hacia ellos.

—Respirad. No entendáis. Escuchad.

Siham abrió los ojos, empapados de lágrimas.

—Dice... ‘Lo que sois ahora... no es lo que seréis’.

Eriya agregó:

—Dice... ‘El viento seguirá a vuestro linaje’.

Luren levantó la cabeza, con voz temblorosa:

—Dice... ‘Escucharéis lo que otros no oirán nunca’.

Los shúniri dieron tres saltitos en perfecta sincronía. Las aves tulmar cambiaron su plumaje a un azul profundo. Los runákeles inclinaron la cabeza.

Mirayá respiró hondo.

—El tercer eco... la revelación.

El viento calló. Todo el valle quedó en silencio absoluto durante tres latidos. Y entonces... las rocas respondieron. Un sonido redondo, perfecto, como un acuerdo sagrado: **TULKA.**
TULKA. TULKA.

Mirayá tomó las manos de los niños.

—Habéis sido aceptados.

Tural se arrodilló ante ellos.

—Los primeros Mirak'tul...

Hamar golpeó el suelo con su puño en señal de respeto.

—Los hijos del viento.

El valle habló por última vez: shiiii... tul... kaa... Y Mirayá tradujo:

—El viento os nombra.

Mientras los niños Mirak'tul terminaban de escuchar los Tres Ecos, Mirayá notó que los pequeños roedores del valle comenzaban a agruparse alrededor del círculo. Eran los **Shúniri** —pequeños guardianes del viento.

Mirayá habló con calma:

—Cuando un Shúniri se acerca a un oyente del viento... es porque ha sentido algo importante.

Luren se agachó para observarlos.

—¿Por qué se mueven así? Saltan... luego se quedan quietos... luego saltan otra vez.

Mirayá respiró hondo.

—El Shúniri es un vigilante del aire. Cuando el viento cambia, ellos cambian su salto. Cuando el viento avisa... ellos se detienen. Y cuando el viento oculta algo...

Siham completó:

—Se esconden.

Mirayá sonrió.

—Exacto.

Uno de los shúniri, de ojos enormes y curiosos, se acercó a Eriya. Tocó su pie con las patitas delanteras.

—¿Me está hablando? —preguntó la niña.

—A su manera, sí, —respondió Mirayá— te está avisando que el viento está inquieto.

Tural intervino desde atrás:

—Por eso tenemos un proverbio antiguo: ‘**Cuando el Shúniri detiene su salto, escucha el susurro de la montaña’.**

Eriya asintió lentamente.

—Entonces... ¿están escuchando ahora?

Los shúniri se quedaron completamente quietos. Ni un salto. Ni un movimiento.

Mirayá murmuró con voz grave:

—Sí. Y eso significa que algo grande... está a punto de llegar.

Pasaron varias lunas. El viento estaba quieto. Demasiado quieto. Las nubes aparecían desde los cuatro puntos cardinales.

Eriya sintió un estremecimiento.

—El cielo está pesado.

Luren añadió:

—Dice que viene... algo grande.

Siham completó:

—Y rápido.

El cielo tronó. Las nubes descendieron. Eriya gritó:

—¡La tormenta no nos habla, Mirayá! ¡Grita!

Mirayá apretó los dientes.

—No viene del valle.

Hamar preguntó:



—¿Entonces de dónde?

Luren miró hacia el oeste.

—De más lejos.

Siham confirmó, tocándose el pecho:

—Del borde del mundo.

Mirayá alzó las manos.

—¡Todos, al centro del valle!

Tural replicó:

—¿Estás loca? ¡Ahí caerá lo peor!

—No caerá. —dijo Mirayá— Si el valle nos aceptó... nos protegerá.

Los niños corrieron al centro. Las aves tulmar se elevaron en círculo. El viento empezó a soplar desde abajo. Desde el fondo del valle. Una corriente ascendente, cálida, protectora, subió a gran velocidad. Las rocas huecas comenzaron a vibrar todas al mismo tiempo. **El valle cantó.**

TUUUL—KAAAAA— SHÍÍÍ— LURAAAAA—

La tormenta se detuvo a un palmo del suelo. El agua, la electricidad, las nubes... se quedaron suspendidas en el aire, sin poder avanzar.

Eriya abrió los ojos como platos.

—Mirayá... ¿está flotando?

—El valle... la está sosteniendo.

El viento sopló hacia arriba, empujando la tormenta sin romperla. Los rayos se curvaron. La lluvia no tocó la tierra. El canto se hizo más fuerte. Los animales se unieron. La tormenta retrocedió. El cielo quedó limpio. El valle en silencio.

Eriya rompió a llorar.

—Pensé... que íbamos a desaparecer.

Mirayá la abrazó.

—El valle nos protegió.

Tural se arrodilló, con la voz rota.

—Nunca... había visto algo así.

Hamar murmuró:

—Una tormenta que no toca la tierra... significa que hemos sido bendecidos.

Siham levantó la vista al cielo.

—No bendecidos... elegidos.

Mirayá miró a los tres niños. Y dijo:

—Esta fue vuestra segunda aceptación. El valle os defiende... porque vosotros podéis defenderlo a él.

El viento sopló suavemente. Un susurro recorrió las montañas: mirak... tul... mirak... tul... Y el valle pronunció su nombre.

Mirayá pronunció con solemnidad:

—El **Valle de los Susurros** será hogar, maestría y memoria. Aquí nació **tulka**. Aquí nacieron los **Mirak'tul**. Aquí nacimos... como pueblo.

La bruma del atardecer descendió. Eriya caminó sola hacia el borde del valle. Un pequeño shúniri la siguió.

—¿Vendrás con nosotros cuando partamos? —preguntó la niña.

El shúniri se detuvo. Movió el penacho de la cola. Luego saltó al hombro de Eriya.

Mirayá observó la escena desde lejos.

—Los guardias del viento eligen con el corazón, —dijo Tural— no con la razón.

Mirayá respondió:

—Y si un shúniri decide acompañar a un oyente... es porque el camino será largo, y el viento tendrá mucho que decir.

El viento susurró, apenas audible: **“No olvidéis quiénes sois. Hijos del viento. Hijos de tulka.”**



CAPÍTULO VI

Los Clanes y sus Caminos

El pueblo chokaní había crecido sin darse cuenta. No en número, sino en densidad. Había más manos, más voces, más silencios distintos conviviendo en el mismo valle. El viento seguía soplando igual, pero ya no tocaba a todos del mismo modo. Algunos lo sentían en la piel como una caricia constante. Otros solo lo notaban cuando faltaba. Algunos lo escuchaban como una guía. Otros como un eco lejano que no sabían interpretar.

Mirayá lo percibió antes que nadie, no como una preocupación, sino como una certeza tranquila. Aquella madrugada, el amanecer tardó más de lo habitual. El aire estaba quieto, expectante, como si aguardara una decisión que no le correspondía tomar.

Mirayá reunió al pueblo cuando la primera luz apenas rozaba las copas de los árboles.

No se colocó en el centro. Se sentó entre ellos.

—El camino no puede ser uno solo —dijo, sin elevar la voz—, porque el viento no sopla en una sola dirección.

Nadie respondió. Nadie lo necesitó.

Entonces el viento descendió.

No fue una ráfaga ni un empuje. Fue una espiral lenta, amplia, visible casi solo para quienes sabían mirar. Al tocar el centro del círculo, el aire se dividió en cuatro corrientes suaves, cada una con un pulso distinto. No hablaban con palabras, pero dejaban sensaciones claras en el cuerpo. Quien las sentía, comprendía.

Semilla.

Escucha.

Piedra.

Cura.

Luren fue el primero en dar un paso adelante, como si algo en su pecho se hubiera alineado de golpe.

—Cuatro voces... cuatro caminos.

Mirayá asintió.

—No son divisiones —dijo—. Son formas de servir. Ningún camino es mayor que otro. Ninguno existe solo. Todos nacen del mismo kanú.

Así nacieron los clanes.

No por decreto. No por imposición. Por reconocimiento.

Kanuyá — Guardianes del Cacao

Los Kanuyá no se llamaban agricultores. Decían que eso era una palabra incompleta. Ellos no cultivaban el cacao: **lo acompañaban**.

Su lugar sagrado era el Kanu'lum, el Huerto de los Alientos, donde cada kanú crecía en espiral, respetando la respiración del suelo y el ritmo del viento. Allí, Hamar enseñaba a los aprendices con paciencia casi infinita.

—No siembres para cosechar —decía a Nami mientras sostenía una semilla entre los dedos—. Siembras para honrar. El fruto llegará si la tierra confía en ti.

Las semillas con memoria no se plantaban. Se guardaban en el Sankalu, el Arca Dulce, un espacio silencioso donde el tiempo parecía detenerse. Nadie entraba allí con prisa.

—La dulzura no vive en el resultado —repetían los Kanuyá—. Vive en el proceso.

Aprendieron a leer el estado del cacao observando la hoja más pequeña, la sombra más corta, el silencio del suelo después de la lluvia. Para ellos, cuidar era una forma de escuchar.

Mirak'tul — Oyentes del Viento

Los Mirak'tul no eligieron su camino. El viento los eligió primero.

Desde niños mostraban una sensibilidad distinta: se detenían sin motivo aparente, giraban la cabeza antes de que algo ocurriera, reaccionaban a silencios que otros no notaban. Eriya fue una de las primeras en enseñarles que ese don no era poder, sino responsabilidad.

En la Escuela de los Susurros, el aprendizaje se dividía en tres niveles:

Escuchar lo que suena.

Escuchar lo que quiere sonar.

Escuchar lo que no tiene sonido.

Este último no se explicaba. Se vivía.

—El viento decide cuándo quiere hablar —decía Eriya—.
No cuando túquieres escucharlo.

Los Mirak'tul aprendían a callar antes que a hablar, a no interpretar demasiado rápido, a no usar el viento para destacar. Su lema era claro:

—Oímos para servir, no para brillar.

Tupali — Constructores del Mundo

Los Tupali miraban el valle como si fuera una idea en movimiento. Para ellos, construir no era levantar, sino traducir.

—Las rectas se quiebran —decían—. Los círculos continúan.

Trabajaban con piedra lumak, una roca ligera que parecía respirar con los cambios de temperatura. En el Taller del Viento, levantaban estructuras provisionales que el propio aire corregía: si el viento no pasaba, la forma no servía.

Su obra más emblemática fue el Puente de los Tres Alientos, construido antes de que existiera nada que unir. Durante años no llevó a ningún sitio concreto.

—Aún no —decían—. Pero lo hará.

Para los Tupali, el futuro también necesitaba cimientos.

Lumeri — Sanadores de la Dulzura

Los Lumeri no curaban cuerpos. Curaban **desajustes**.

—Cuando un Lumeri entra en una casa —decían—, entra la dulzura.

Usaban choquitito medicinal, infusiones suaves y el Canto Dulce, una vibración apenas audible que no imponía alivio, sino que lo invitaba. Sabían que no toda herida quería cerrarse de inmediato.

Su juramento era simple y profundo:

—Dulzura doy, dulzura guardo, dulzura devuelvo.

Aprendieron a escuchar el dolor sin apurarlo, a acompañar sin invadir, a sanar sin borrar la memoria.

El Juramento Compartido

Con el tiempo, los caminos se afirmaron. Y con el tiempo también, el viento trajo una advertencia.

La Asamblea de los Cuatro Caminos se reunió en círculo cuando el aire comenzó a vibrar de forma extraña. No era peligro. Era desequilibrio.

—El viento dice... —murmuró una Mirak'tul— que ningún camino sirve solo.

No hubo discusión.

Los Kanuyá compartieron semillas.

Los Tupali abrieron estructuras.

Los Lumeri ofrecieron descanso.

Los Mirak'tul guardaron silencio.

El viento respondió.

En el centro del círculo se colocaron cuatro objetos rituales.

No se explicaron. No hacía falta.

El Juramento Compartido, el Lúkar-Tulukán, no se gritó. Se dijo como se dicen las cosas que no se quieren romper.

Prometemos caminar juntos.

Prometemos crear dulzura en cada camino.

Somos Chokán.

Somos círculo.

Somos viento.

El viento sopló en una espiral amplia, envolvente, como un abrazo que no aprieta.

Y el valle, al sentirlo, decidió quedarse.

